

INDUSTRIAS CULTURALES: TRANSVERSALIDADES Y REGÍMENES DISCURSIVOS

Mabel Piccini

Intentar precisar aquello que suponemos propio de la comunicación, procurar definir un ámbito o, mejor aún, su especificidad, sin caer en las clásicas repeticiones de entenderla a partir de espacios rígidos y limitados por una determinada perspectiva de análisis, resulta ser una tarea que no ha sido tratada en rigor por los profesionales e investigadores que desarrollan su actividad principal en este campo. Y son menos aún los casos en que los Intentos de precisión Implican un replanteamiento agresivo de los términos del debate, del contenido y metodologías de estudio del espacio, o los espacios, asignados a la llamada comunicación social. Esta postura es justamente lo que merece destacarse en este ensayo en que nos introduce la Investigadora Mabel Piccini.

Sus aportes nos llevan a la necesidad de puntualizar los riesgos de amenazas que hoy penden sobre este impreciso campo de estudio.

Asistimos a un creciente proceso de descrédito que atraviesa a muchas de las investigaciones sobre comunicación social, descrédito ocasionado entre otros factores por la atomización del campo de estudio, por la predominancia de teorías totalizadoras, por la dispersión de los hechos y otros aspectos más que serán tratados por la autora del presente trabajo.

Una cultura, en general, construye, en su historia y a través de ella, una intersección original entre tales variedades, un nudo de conexiones muy preciso y particular. Esta construcción (...) es su historia misma. Lo que diferencia las culturas es la forma del conjunto de los enlaces, su funcionamiento, su ubicación y, también, sus cambios de estado, sus fluctuaciones. Pero lo que tienen en común y que las instituye como tales es la operación misma del ligar, de conectar. Aquí surge la imagen del tejedor. Imagen de ligar, de anudar, de construir puentes, caminos, pozos o postas entre espacios radicalmente distintos.

Michel Serres

Discours et Parcours

1. LOS SABERES INSTRUMENTALES

1.1 Perspectivas

Situados en medio de un largo trayecto cuyos objetivos tienden a desvanecerse a medida que avanzamos y también si retrocedemos en la reconstrucción de lo realizado, las preguntas relativas al dominio de las comunicaciones son, en la actualidad, más numerosas y consistentes que las conclusiones. Porque, en efecto, ¿de qué hablamos cuando hablamos de comunicación colectiva? ¿Cuáles son esos objetos desprendidos de diversos troncos disciplinarios han llegado a poblar esta nueva región del saber que no termina de definir sus confines? ¿Qué incitaciones -de qué procedencia- han estimulado la reflexión sobre el orden tecnológico aplicado a la producción cultural? ¿Cuáles son las acechanzas que hoy se ciernen sobre este difuso territorio? Imposible ignorar que estas interrogantes nos llevarían a una larga, y seguramente agotadora, disquisición sobre la materia que, por lo demás, ya ha sido objeto de muchas reflexiones. Volver sobre lo actuado -y sobre lo dicho- tiene todo el cariz de un ejercicio ocioso y, en lo particular, repetitivo; reiniciar la tarea de excavación de lo que por décadas ha constituido el sustrato de ciertas certidumbres disciplinarias representaría una pretensión que excede los límites de este trabajo. Por lo tanto me limitaré a señalar preocupaciones fragmentarias y determinados lugares comunes a los que casi nadie ha sido ajeno y, sobre todo, intentaré plantear, otras posibilidades de acceso a estos objetos erráticos cuya misma designación ya contiene en germen su condición inaprensible y dispersa.

Sin duda el primer equívoco emana de la misma denominación de la disciplina y de sus objetos. Tal vez habría que añadir que dichos objetos, sometidos, según el momento y la oportunidad, a exploraciones y búsquedas epistemológicas o pragmáticas, han brillado con la misma fugacidad que los requerimientos políticos o académicos de turno. Hablar de "comunicaciones masivas" o de "objetos comunicativos" o de "lo masivo" en su extrema desviación semántica, ha sido, y sigue siéndolo, el principio de un malentendido que a la vez que recortaba hechos empíricamente observables (artefactos, tecnologías, políticas, mensajes en serie) introducía en la misma mirada una finalidad restrictiva o, si se quiere, un sistema de concentración y formalización de elementos heterogéneos. Quizás no sean otros los objetivos disciplinarios en los diversos campos del saber: establecer fronteras permanentes y cortes incisivos sobre los cuerpos extraños, aquello que es ajeno a un ámbito de reflexión, a ciertos objetos y a la economía intelectual de los saberes instituidos e institucionalizados. La propia sobrevivencia de las disciplinas sociales parece descansar en estos procedimientos de compartimentación, clasificación y límite y de delimitación de saberes que instituyen regímenes de normalidad y regularidad sobre lo discontinuo o lo múltiple de la vida individual y colectiva.

El caso de las llamadas comunicaciones colectivas ofrece, sin embargo, características particulares en los rigores disciplinarios que se disuelven, finalmente en la paradoja. Por un lado observamos la pertinencia desplegada en la delimitación de un campo "propio", según reglas de propiedad, pertinencia y legitimidad teórica e institucional y, por el otro, la convergencia de numerosas disciplinas "extrañas", y en todo caso heterogéneas (saberes sociales y antropología, semióticas, cibernética y teoría de la información, psicoanálisis y teorías políticas y económicas ...), en la tentativa de explicar, desde sus propias claves y su propio rigor, este espacio sin centro que desplaza permanentemente sus límites y sus registros.

Los resultados están a la vista y se ofrecen a la percepción con una inocultable evidencia: la existencia empírica de los medios de comunicación no constituye por un mero efecto la realidad el sustrato de un campo de estudio ni las tentaciones de formalizar "los componentes del sistema de comunicación" garantizan la homogeneidad de unos objetos que se resisten a los rigores de un orden y de un ordenamiento sistemáticos.

De este modo asistimos a un vaivén interminable entre las pretensiones de las teorías totalizadoras y la pulverización del campo según los enfoques fragmentarios que se le impongan y, en uno y otro caso, al progresivo agotamiento de los saberes que han intentado circunscribir el fenómeno y que llegan al límite de lo enunciable y a la extenuación de ciertos paradigmas que reenvían, cíclicamente, a la infinita reproductibilidad del sistema.

El itinerario recorrido por los aparatos de conocimiento y de investigación y sus, consiguientes categorías de análisis ha ido dibujando, en efecto, sucesivos, deslizamientos que recubren tanto la totalidad estructurada de los colectivos sociales como los hechos locales, los estudios macrofísicos sobre los dispositivos hegemónicos como el minucioso enfoque de las reglas discursivas de un mensaje particular. Generalidad del calco -lo total como resultado de la suma de las partes- y fragmentación de los hechos, aunque la dispersión de los hechos no refleje, en la mayoría de los estudios, sino las generales de la ley (llámense estado, economías transnacionales, ideología (s) o dependencia cultural). Desde este enfoque, sumamente arraigado en la reflexión sobre comunicaciones, cada una de las partes es sólo una resonancia de esa totalidad de la que emana y a la que no puede sino multiplicar o reproducir.

A partir de estas perspectivas el territorio de estudio se ha ido poblando de diversas modalidades de reducción y clasificación. Dependiendo de la disciplina que se pone en juego asistiremos a la presentación de artefactos de signo distinto aunque ligados, en la mayoría de los casos, por una común necesidad de domesticar la errancia de los sentidos y la complejidad de dispositivos culturales que no sólo se despliegan en los confines de los medios sino que por lo regular alcanzan proyecciones mucho más vastas. Se habla entonces del orden tecnológico y las resonancias cibernéticas lo reducen al circuito fuente-canal-ruido-receptor. Ciertas corrientes lingüísticas recogen residuos de la teoría de la información y reestructuran sus paradigmas según las claves unidireccionales de emisor-código-mensaje-referente-destinatario.

Algunas corrientes sociológicas y políticas construyen una noción omnicompreensiva del poder ideológico explicándolo desde la perspectiva uniforme de los aparatos de hegemonía y a los medios como parte de esta totalidad. Otras vertientes sociológicas, con inflexiones antropológicas apelarán a metáforas económicas para analizar los modelos comunicativos y culturales:

se hablará entonces de producción simbólica mercados intercambio desigual, capitales acumulados o en vías de acumulación y consumo cultural. Algunas más operarán el corte entre estrategias políticas, concebidas como acción racional e instrumental, y orden simbólico, efecto residual o subordinado. La mayoría de las tendencias: la sociología de la cultura, la antropología, y aún ciertas estéticas, producirán sucesivas fracturas sobre los dominios -los llamados "niveles culturales"- para clasificar la producción simbólica en términos de "culturas superiores" (o legítimas), "culturas masivas" (con bajas cuotas de legitimidad) y -culturas populares" (aquellas procedentes de un campo indiscernible de realidades fuera de los registros del poder constituido). Finalmente, desde el *marketing*, las políticas contingentes y ciertas vertientes sociológicas preocupadas por el control social, proliferarán los sondeos de opinión, o el estudio de los efectos de los medios y los mensajes a partir de una concepción, cuantitativa, estadística, de lo consumido o que es objeto de consumo y supuestamente moviliza las expectativas, y las pulsiones, de vastos segmentos colectivos.

1.2 Encrucijadas

¿El campo? ¿Los campos? ¿Crisis de las disciplinas? ¿Disminución de la credibilidad en los saberes consagrados? ¿Incapacidad de las teorías sociales y políticas para dar cuenta de aquellos factores que no son susceptibles de previsibilidad o de cálculos formales: el acontecimiento único o el azar pero también, y fundamentalmente, las dimensiones oníricas y simbólicas de la realidad? Sin duda todos estos aspectos confluyen en el descrédito generalizado que rodea a los estudios sobre comunicación social y al escepticismo de muchos de sus investigadores pero no indican, más específicamente, cuáles son las liviandades o, si se quiere, las inconsistencias propias de esta región del saber. Tal vez, podríamos postularlo, porque esta "región del saber" es inexistente o, para decirlo de un modo menos aventurero, porque su propia constitución y la constitución de sus coordenadas teóricas, lejos de derrumbar los lugares

comunes más acendrados, de las disciplinas sociológicas, antropológicas o semióticas, los ha conducido hasta su exasperación, al límite del sin sentido o, en el mejor de los casos, a la repetición sin límites.

Es probable que esta circularidad de los saberes acumulados, y en vías de acumulación, obedezcan en buena medida a la magnitud del poder -real, virtual o figurado- que emerge en las distintas dimensiones de los circuitos de comunicación colectiva: en este vértice se entrecruzan diferentes saberes pero fundamentalmente aquellos saberes plurales que tratan de justificar o combatir mediante la acción racional y las prácticas de la racionalidad formal las acechanzas del orden tecnológico y sus despotismos sobre la vida política, económica y cultural de las sociedades contemporáneas. Pero, a la vez, este *poder* que se denuncia o se soslaya, que es objeto de contiendas políticas y hasta de las pulsiones menos conscientes de los ámbitos del saber, llega a constituirse, en numerosos casos, en la *coartada* que concentra la atención sobre ese blanco inmóvil -los medios en este caso- desviándola simultáneamente de la compleja trama de poderes simbólicos, institucionales, materiales, que hacen posible, en reticulaciones bastante más intrincadas, esa emergencia fulgurante, incuestionable de ciertas tecnologías o determinados mensajes o la apropiación de los circuitos comunicativos por parte de minorías, burocracias, o grandes corporaciones multinacionales.

La mirada y las exploraciones se detienen la mayoría de las veces en la acción instrumental: por algo el singular nombre de la disciplina de "las comunicaciones masivas -o colectivas- o sociales". Vías de comunicación, finalmente, fuente y canal, transporte que une dos o más puntos en el espacio, orden tecnológico concebido como vehículo que acorta las distancias físicas, culturales y políticas, en un ordenamiento intercambiable. Los medios antiguos y los electrónicos y los satélites no serían, al fin de cuentas, más que una extensión privilegiada -tal vez por los "objetos" que transportan- del telégrafo y el ferrocarril, en este sentido máquinas autorreguladas cuyas magnitudes son susceptibles de cálculo, medida y previsión y, en otras claves, espacios de la racionalidad de los medios y los fines, del control posible y, en suma, de *estrategias* -las del estado, la iniciativa privada o no importa qué gestión política- concebidas como acción y planificación conscientes sobre las demandas, reales o imaginarias, de los diversos eslabones sociales.

¿Cómo doblegar la discontinuidad? se preguntaba Max Weber, ¿de qué modo transformar en institución durable la emergencia única que impide la visión de la regularidad en la historia? Si este desafío estaba en el centro de las preocupaciones de un científico social tan imaginativo como Weber, qué decir de los exhaustos continuadores que todavía recurren, mediante sostenidos abusos, a principios causales y totalizadores para analizar -controlar sofocar según los casos- lo que es propiamente el vértigo de las producciones culturales en las sociedades contemporáneas. Y este es otro flanco vulnerable en las disciplinas de la comunicación social: la búsqueda de regularidades en los múltiples y dispersos acontecimientos culturales significa, en muchas ocasiones, suprimir de cuajo, o al menos reprimir casi hasta su extinción, las dimensiones simbólicas inherentes a los procesos colectivos. Antes bien, la razón política o las políticas de la racionalidad privilegiarán el estudio del control posible sobre los medios, tecnologías o útiles, sobre los mensajes y los públicos, instancias finalmente asimilables a la previsión y el cálculo y también a los modelos económicos que han proliferado notoriamente en los discursos de la sociología de la cultura y hasta de la semiótica, sin hablar de los sondeos de opinión y las encuestas de mercado. Los saberes desplegados alrededor del *control de los medios*, dejando de lado las disputas políticas de distintas fracciones que desplazan hacia ese *centro* enfrentamientos de mayor envergadura, presentan por cierto una turbadora complejidad. Desde la razón política, estos saberes simulan pertenecer al orden de las contiendas por el poder tecnológico o por la disminución de esos poderes y sus derivaciones en las escenas sociales y culturales. Desde una razón -o acaso sinrazón- simbólica, el control es inimaginable; si alguna medida pudiera ejercerse sobre las tecnologías, sus usos y sus utilidades, sobreviven todavía a esa empresa "residuos" más o menos irreductibles, esa dimensión de lo real que se suspende habitualmente pero que actúa en las sombras haciendo estallar muchos de los paradigmas en vigencia: los procesos culturales en sus múltiples manifestaciones, las redes significantes y sus desplazamientos en diferentes dominios, la inapresable dispersión del sentido.

1.3 Acción racional y dimensión simbólica

La disyuntiva política/cultura, cuerpos distanciados por rigores clasificatorios de larga data, se manifiesta con cierta exuberancia en el campo de las comunicaciones, hecho, por lo demás, que no debería asombrarnos si recordamos que esta disciplina es el resultado de préstamos teóricos y conceptuales de saberes que han hecho de esa fractura un principio de sobrevivencia, o lo que tal vez sea lo mismo, un principio de identidad. Algo similar todavía acontece con la barra que distancia sociedad/cultura aún en vertientes de la sociología de la cultura que han dado particular preponderancia al estudio de las simbólicas colectivas y su particular eficacia en la constitución y reproducción de las sociedades. Me refiero concretamente a la obra de Pierre Bourdieu, que aunque casi no traducida al español, tal vez por intraducible, ha marcado de manera notoria muchas de las recientes investigaciones sobre procesos culturales de diferente naturaleza. Creo que esta obra, notable en algunos aspectos, es ilustrativa de una reiterada omisión en los saberes sociológicos -ya sea por disciplina, confines o confinamientos- de territorios enteros de los imaginarios sociales: en particular los campos del lenguaje y la específica energía que concentran, y despliegan, en todos los ámbitos de la vida individual y colectiva. A lo largo de su extensa obra, Bourdieu entreteje minuciosamente, en un acabado ejercicio intertextual, saberes procedentes de diversas

filiaciones teóricas. No obstante, la perspectiva transdisciplinaria se desvanece toda vez que impone la determinación de lo sociológico sobre el cúmulo de observaciones y saberes heterogéneos que confluyen en su discurso. De este modo, intentando definir el sistema de "relaciones objetivas" que hace posible la emergencia de determinadas simbólicas colectivas, su ejercicio y sus reglas de juego, Bourdieu procede como sus propios sujetos de estudio y observación: *desconoce/reconoce* el sentido del *sentido* y sus múltiples y específicas formas de materialización. "Lo esencial de lo que pasa en la comunicación -escribe- no está en la comunicación (...) sino en las condiciones sociales de posibilidad de la comunicación"(1), y en otro texto, "... el poder de las palabras reside en la *creencia*, en la legitimidad de las palabras y del que las pronuncia, no en las palabras mismas".(2)

Como es visible en toda su obra, incluido, paradójicamente, el texto *Ce que parler veut dire*(3), la apertura hacia las vertientes simbólicas de los fenómenos sociales encuentra sus límites -y sus limitaciones- en las propias reglas de la disciplina que la propician. Si bien es cierto que las condiciones de enunciación son aspectos fundamentales en cualquier proceso comunicativo puesto que suscitan la adhesión y las *creencias* de los destinatarios, establecen reglas de *aceptabilidad* de lo enunciado y otorgan una cierta *autoridad* a los mensajes, también lo es que los campos del lenguaje remiten a esa "materialidad social que no deja de producir acciones, síntesis vivientes o heridas mortales".(4) Producir -señala J. P. Faye-, supone *saber* que se produce, "este saber en el tiempo es historia: el *histor* es el que sabe decir"; la producción de herramientas y la producción del lenguaje es un único y mismo proceso.(5) Textualidades e intertextualidades, narraciones generalizadas en el curso de la historia: finalmente, en esas texturas -la imagen del tejedor- una sociedad elabora sus redes de saber, de verdad y de sentido.

Sin embargo la dimensión discursiva de lo social sigue siendo, en buena medida, la zona oscura de las disciplinas sociológicas y "comunicativas". Objeto de un rechazo y de un desconocimiento que justifica su sentido en la exploración, ciertamente. legítima, del poder como condensación de "relaciones objetivas", el poder del lenguaje es, todavía, un territorio político-estratégico ignorado o, al menos, subordinado al estudio de las instancias piramidales de control.

2. LA DISOLUCIÓN DEL CAMPO

2.1 Medios: espacios de condensación

Otra vuelta de tuerca: a partir de los saberes acumulados y los objetos, expectativas e intereses que engendran, y de esa atmósfera frecuentemente enrarecida que irradian los modelos instrumentales, habría quizás que considerar nuevas vertientes de reflexión. Y, antes que nada, proceder a *descentralizar* los medios de comunicación, sus técnicas y sus obras: es decir, se trataría de sustraerlos de ese centro imaginario donde los han erigido y petrificado -como monumentos de la "cultura postmoderna". Lo que no implica negar su gravitación y sus reiterados despotismos en las diversas gestiones de nuestras sociedades sino, por el contrario, representaría reconocer de otro modo la implantación duradera y si se quiere eficaz de estas maquinarias despóticas en la vida colectiva. Los medios, desde este enfoque, podrían ser concebidos como espacios de condensación e intersección de redes culturales múltiples o, de otro modo, como ámbitos poblados de objetos polimorfos, aquellos que construyen y desconstruyen cotidianamente una pluralidad de voces procedentes tanto de las instituciones oficiales, las burocracias o las grandes corporaciones como de las prácticas y los rumores más difusos de la cotidianeidad.

El campo, o quizás más propiamente, los campos de las industrias culturales, son sólo un segmento en las cadenas más vastas de los procesos simbólicos de una sociedad en los que confluyen registros heterogéneos y ordenamientos y dispositivos complejos. Sólo a costa de un pertinaz ejercicio de simplificación, revestido muchas veces de justificaciones metodológicas, es posible separar la racionalidad económica y política -"la razón de Estado"- de los procesos locales de simbolización y enunciación, las culturas superiores de las culturas masivas, concebidas como objetos híbridos dentro de las jerarquías y estratificaciones culturales en vigencia o las políticas culturales "hegemónicas" de las prácticas cotidianas de los llamados sectores populares y sus redes de resistencia o de "servidumbres voluntarias".

Plantear *otro* enfoque que reubique en un sitio diferente los objetos comunicativos implicaría, por el momento, suspender las evidencias que han tramado este espacio de equívocos y equivocaciones, y elaborar nuevas rejillas de inteligibilidad que hagan posible la emergencia de "singularidades" y de acontecimientos liberados, en el mejor de los sentidos, de las constantes y regularidades históricas y del rigor de ciertas clasificaciones antropológicas o sociológicas. Analizar los acontecimientos culturales según los múltiples procesos que los constituyen y más allá de una remisión en cadena a las totalidades que los reducen a su imagen y semejanza (*centralidad de los medios - aparatos de hegemonía - estado - iniciativa privada - democracia - derecho a la información - dependencia cultural -* y así sucesivamente) significa tal vez, como una de las vías posibles, "disminuir el peso de la gravedad causal". Frente a los procesos culturales y al carácter polimorfo de los objetos que allí, en esa específica regionalidad, se dibujan se trataría de definir otros principios analíticos y metodológicos que actuarían a partir de un polimorfismo creciente: de los elementos que se ponen en relación, de las relaciones descritas, de los ámbitos de referencia.(6) El "poliedro, de inteligibilidad" como Foucault designaba a este tipo de operaciones y procedimientos analíticos, requiere necesariamente la convergencia de diversos

saberes y la transgresión de las fronteras que tradicionalmente los han segregado de modo de evitar la suma de saberes fragmentarios y la pulverización indefinida de los campos de estudio. El poliedro de inteligibilidad, por el contrario, así como los *corpus* o los universos, construidos en esta clase de estudios, nunca puede considerarse como totalmente acabado ya que su número de caras no está definido de antemano. Se trata, de otra manera, de proceder por saturaciones progresivas y forzosamente incompletas.(7)

Este ejercicio de desarticulación gradual de los saberes consagrados, -y de las evidencias que los consagran- en la materia que nos ocupa, y en cualquier materia social o cultural que haya sido sometida a los abusos disciplinarios, pone al descubierto muchas de las coartadas con que las disciplinas y sus categorías unificadoras cierran las brechas y tratan de reprimir las amenazas de los sentidos y los acontecimientos dispersos. Intentemos situarnos ahora en otro ángulo de visión y procedamos, progresivamente, por saturaciones incompletas, a reconstruir los objetos, saberes y conceptos erráticos de la comunicación colectiva. Si no obtenemos explicaciones globales, si sólo entrevemos iluminaciones fragmentarias de objetos que se desplazan entre dominios diversos, al menos no habremos incurrido en la repetición del modelo que tiende a explicarlo todo según la regla de las muñecas rusas. La última de la serie es exactamente igual a la primera sólo que en miniatura.

2.2 Diagonales

En 1985, "Año internacional de la juventud" según políticas de la UNESCO ocupada en rastrear, como anteriormente con la mujer, los segmentos frágiles de los universos sociales, el CREA (Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud) nos encomendó a Raymundo Mier y a mi realizar una investigación sobre televisión y juventud en México. Se trataba, nos parecía, de ese tipo de investigaciones que tiene un espacio asegurado en cualquier institución nacional o internacional, estatal o privada que intente describir y analizar algunos de los signos privilegiados de la modernidad. En estos casos, como se sabe, los medios de comunicación no pueden estar ausentes, ya forman parte del fetichismo de una corriente pragmática de investigación que establece curiosas vecindades -puesto que no son articulaciones- entre *medios* y cualquier problema social o político contingente, real o figurado: los niños, las mujeres o los jóvenes, el aumento de la violencia o el desarrollo rural, las minorías étnicas, las sexuales o las culturas populares, los nuevos sistemas educativos o las opiniones políticas de una comunidad. Asediados por el riesgo de incurrir en el más elemental sentido común (y por la falta de tiempo que lo volvía aún más factible) coincidimos en una experiencia de aperturas múltiples sobre el fenómeno y, particularmente, en la necesidad de desarticular o desconstruir algunas de las principales categorías con que se manejaban este tipo de investigaciones.

En este proceso intentamos establecer nuevas conexiones entre los elementos y objetos de estudio al punto que la investigación se constituyó en un sistema de reenvíos en el que se multiplicaron las perspectivas; los procedimientos de transversalidad nos permitieron iluminar un conjunto de consideraciones que, puesto que actuábamos por saturaciones progresivas e incompletas, no habíamos previsto. El itinerario de estas elaboraciones y de algunos de sus desplazamientos quedó consignado, aunque mínimamente en las notas introductorias al texto.(8) Dejando de lado las reflexiones que elaboramos alrededor de la compleja noción de "juventud", querría rescatar aquellas referidas a la televisión de modo de ilustrar lo que fue aquel proceso y, quizás, otras vías posibles de análisis.

"... la televisión no es sólo ese juego impenetrable de mecanismos, de circuitos, ese orden tecnológico. La televisión pone en juego otras tecnologías: tal vez aquellas que señalan la reticencia de nuestras culturas a la muerte, a su densidad en el tiempo (...) La televisión ha constreñido, tal vez como pocos de los artificios contemporáneos, a la reinversión de la evidencia. Ha trocado una evidencia, la de los actos, por otra, la de lo contemplado. Más aún, ese trueque ha impreso a nuestra imagen de experiencia otro clima, otras atmósferas. Se hizo inevitable preguntarse ¿qué mantiene a la gente hundida durante horas frente a esa sucesión de imágenes? Se comenzó entonces a medir la fatiga de las miradas, la sintaxis de los actos colectivos e individuales, frente al televisor; se trazaron los trayectos seguidos por la pupila, se imaginaron modelos de la minuciosidad de las percepciones, de los ritmos, los tiempos, las duraciones óptimas de las imágenes en pantalla. (...) Se conjeturó acerca de los tiempos necesarios para que la memoria retuviera las figuras, las frases, para que reconstruyera las anécdotas, se observaron y clasificaron las reiteraciones, los apegos; se los enumeró con el irrespirable nombre de *preferencias del auditorio*. (...) Para esto no se evitaron los laboratorios, las encuestas de los sociólogos, los registros de la mercadotecnia, las medidas y patrones corporales de, la antropología física, los datos de la fisiología y la anatomía, las consideraciones acerca de la economía de los gastos, los actos y las posiciones corporales (la ergonomía: se pudieron diseñar los muebles más funcionales, los sillones más adecuados), la arquitectura contribuyó a fijar un lugar al "cuarto de la televisión". La Psicología contribuyó a proponer el inventario de lo deseable, de lo repugnante, de lo atractivo. El psicoanálisis aportó sus fantasías acerca de la fascinación por las transgresiones y el Edipo hizo su modesto aporte a la idea dominante sobre las narraciones más arraigadas en el inconsciente del público. La televisión no podía dejar de aparecer en la voluntad de la época como algo que excedía notablemente los límites de un simple artefacto electrónico ...

Las características de la acumulación de la vida urbana y los nuevos patrones de relación fueron convirtiéndola en el punto imaginario de convergencia de todos los otros ámbitos de la cultura. Esta es una historia extraordinaria y opaca, resistente a las

reflexiones. Una historia que sólo podrá cobrar la apariencia de la suspicacia o de una obsesión por reconocer los documentos, los monumentos, aquellos restos (artículos, archivos, reflexiones registradas, cuerpos, imágenes) que van testimoniando en presencias súbitas y poco perceptibles la crónica de ese trayecto; esa paulatina convergencia, ese conjunto de actos, de episodios, de decisiones, de concepciones, es decir, de estrategias, que fueron colocando a la televisión en ese lugar imaginario: como centro virtual de los procesos culturales en nuestras sociedades urbanas.

La televisión cobró los perfiles de una red cuyo centro, las imágenes televisivas, encontraba resonancias siempre excesivas que irrumpían en los más diversos y próximos órdenes. Se convirtió en un dispositivo que imponía patrones, que engendraba relaciones en esferas heterogéneas de la vida; pero lo que es más importante: ese dispositivo se reveló como un medio que suscitaba conductas regulares, que disciplinaba, que engendraba hábitos. En el seno de la familia la televisión arraigaba representaciones del cuerpo al mismo tiempo que imponía a los cuerpos una posición y les prescribía un espacio. Fundaba a la vez una imagen del cuerpo y los procedimientos para el control -un control restringido al ámbito familiar- de los cuerpos. Se hizo evidente que la televisión era un recurso para la gestión, para regular, ordenar, administrar, las esferas más próximas. Involucraba entonces una disciplina, pero también, en consecuencia, una pedagogía. En efecto, trazaba, incluso inadvertidamente, fronteras para la exclusión de ciertos lenguajes, ciertas imágenes: definía -y define- lo normal/lo habitual/ lo patológico/ lo radicalmente extraño, incluso señala con el vacío lo irrepresentable, lo que ni siquiera es pensable dentro de los límites de la pantalla. Ponía en juego una ética, no menos que una terapéutica (levantada sobre los criterios de normalidad/patología implícitos en la televisión). De manera no poco extravagante, la televisión demanda que se la conciba como una modalidad de la cura (de la confesión, del desfogue de compulsiones a la violencia; para algunos la televisión está dotada del extraño poder de provocar la catarsis de todas las tensiones cotidianas). No sólo representa en imágenes esa cura, sino que incluso la provoca. Se ampara asimismo en una concepción moral (lo que no puede ser visto sino por mayores, o ni siquiera por ellos) y una estética. (...)

Esa red tejida por la televisión, con ella como centro, es demasiado vasta. Ha tomado además las dimensiones y ha cobrado los recursos de una industria. Se ha levantado también con sus criterios, con sus disciplinas, con sus saberes. Construida en torno de la *eficacia*, la productividad, la rentabilidad, da lugar a una administración de las imágenes: un saber acerca de cómo administrar las presencias que se congregan alrededor del televisor o de la radio, en los centros nocturnos o en la lucha libre, incluso alrededor de la escritura. Se trata de una industria capilar y cuyo centro, la televisión, ha podido finalmente erigirse sobre otro centro: la televisión respira a través del *acontecimiento*, o más bien, cierto orden del acontecimiento.

Sus nombres dentro de las industrias culturales han sido: noticia, moda, estrellato, fama, genialidad y su forma transitoria, precaria, adquiere la equivalencia de lo efímero: la juventud aparece entonces como ese orden de la experiencia marcado por esta condición, por su tiempo provisorio. Las industrias culturales parecen haber encontrado su cifra en un conjunto de equivalencias: aquellas que hacen de la *eficacia* una forma de gestión de una identidad ficticia realizada gracias al orden imaginario de la televisión, ahí donde lo sorpresivo aparece como la sustancia misma de lo espectacular (...).

2.3 Configuraciones interdiscursivas: topografías

Siguiendo con la perspectiva vislumbrada, y seguramente incompleta y fragmentaria por varias razones, en el proceso de reflexión que iniciamos con *El desierto de espejos (Televisión y juventud en México)* estoy realizando, en la actualidad, un recorrido teórico para sustentar una investigación empírica acerca de los regímenes de intertextualidad en las industrias culturales. Aunque esta designación con que enuncio el proyecto no aclara con demasiada precisión ni sus objetivos ni las dimensiones que pretendo, abordar en el estudio. De todos modos se trataría, en primera instancia, de un trabajo de exploración y de recuperación de los campos del lenguaje, de las configuraciones interdiscursivas o, si se quiere, de las redes semióticas, que atraviesan ámbitos, instituciones o campos simbólicos y en ese itinerario van produciendo los puntos de conexión, de enlace o de fuga, las fluctuaciones y las regularidades de un estado de cultura determinado. La tentativa radica en reconstruir, a partir de un estudio sincrónico de la escena cultural mexicana, un "croquis topográfico" de los puntos fuertes y de las líneas de fragilidad por los que transitan los poderes de los campos culturales y su conexión con otros dominios (políticos, económicos, sociales) y otros registros no necesariamente homogéneos de la vida colectiva (los dispositivos urbanos, ciertas realidades cotidianas, los ámbitos familiares, los espectáculos y el ordenamiento del tiempo libre...). De tal modo, como he intentado esbozarlo a lo largo de este escrito, las industrias culturales, y los medios de comunicación en particular, son concebidos como dispositivos culturales complejos cuyos linderos, por lo tanto, no comienzan ni acaban en los estrechos marcos de un orden tecnológico o empresarial o político ni tampoco en las configuraciones discursivas que los atraviesan. Por el contrario, se trataría de difuminar las fronteras que se han erigido entre las categorías más recalcitrantes de la disciplina: culturas superiores/culturas masivas/ culturas populares, políticas/ realidades simbólicas, emisores/ destinatarios, prácticas sociales/discursos... y en ese mismo proceso exhibir sus intersecciones y los desplazamientos que se operan entre los diversos dominios y registros.

En otras palabras, intentaré diseñar una especie de cartografía de los poderes simbólicos, de los lugares en los que estos poderes se encarnan -sus superficies de emergencia y delimitación y de las redes que materializan determinadas configuraciones interdis-

cursivas. Resituar, pues, las energías específicas de los lenguajes y los saberes consagrados y aquellos otros saberes sometidos que de algún modo los sustentan y exponerlos en sus procesos de circulación significa, en primera instancia, entrar en la "economía de los enunciados". La perspectiva se aproxima a lo que Faye denomina las narraciones generalizadas de un momento histórico, o sea, al estudio de las figuras que se van tejiendo a través de la fluencia y circulación de múltiples enunciados, contemporáneos los unos de los otros, los cuales en función de su propia distancia o vecindad, vuelven enunciables y aceptables ciertas decisiones o cierta combinación de decisiones. Enfoque que naturalmente incluye la referencia a los diferentes campos sociales que los producen y sobre los que producen su acción, esto es, el estudio de las relaciones y los desplazamientos de las relaciones entre los grupos, las clases y los dominios que intercambian estos lenguajes en un momento dado.⁽⁹⁾ Implícitamente este enfoque significa una reconsideración, en otras claves, del concepto clásico de *hegemonía* y de la noción, no menos tradicional en las ciencias políticas y sociales, de *estrategias*. Ni propagación vertical de las "ideas dominantes", ni gestiones preconcebidas según un orden racional y planificado, antes bien, el análisis de las integraciones estratégicas de intensidades anónimas, de segmentos muchas veces discontinuos del discurso social común en función de lo que se constituye en "materia para hablar", aquello que es pensable y enunciable en un momento histórico dado. La convergencia e interacciones de los discursos, las imágenes o los gestos y su fortalecimiento recíproco, su capacidad de migración y amplificación a través de sus ámbitos naturales y de aquellos en los que no fueron inicialmente enunciados o, a la inversa, las líneas de ruptura que emergen súbitamente en ciertos espacios culturales, implica, como perspectiva, una apertura hacia las topologías discursivas y las acciones que despliegan en un determinado, paisaje antropológico y cultural. Lo que a su vez tiende a un doble objetivo: por un lado, restituir una dimensión política a las realidades simbólicas de la vida colectiva y, por el otro, reconstruir la dimensión histórica de los fenómenos culturales a través del análisis de la sedimentación y superposición de diversas geologías discursivas en cada texto particular y de las migraciones de "ideologemas" (Kristeva) de un dominio a otro dominio simbólico.

Desde estos ángulos apenas entreabiertos, los territorios culturales que se configuran con la emergencia de las nuevas tecnologías de comunicación a distancia: podrían ser concebidos, antes que nada, como espacio de intersecciones y, en este sentido, como *dispositivos*. Las industrias culturales no formarían *sistema* como lo postulaban los análisis totalizadores de Adorno y Horkheimer puesto que si admitimos la idea de dispositivo importan menos las filiaciones que las alianzas y los aliados y disminuye el peso causal de las estrategias o los poderes institucionales en favor de la circulación y distribución de los enunciados y de las fuerzas que los invisten en los diferentes campos sociales. Como lo he venido sosteniendo se trataría, en todo caso de aproximaciones parciales que permitan iluminar el co-funcionamiento de registros heterogéneos y de ordenamientos plurales a partir de los cuales se dibujan líneas de concentración del sentido y líneas de fuga que no preexisten a su realización ni son remitibles a un código preestablecido de manera unívoca.

Por otro lado, el cambio de enfoque obligaría a pensar los territorios de las industrias culturales como espacios sin límites fijos o, si se quiere, con los límites que recorren y fijan las múltiples perspectivas de análisis. El cambio de mira -y de mirada- exige, por de pronto, admitir un *blanco móvil*, es decir, un lugar sin centro. O con otras palabras, descentralizar, como objetivo fijo, a las maquinarias de sometimiento y a los enclaves del derroche material, moral y simbólico para percibir, desde nuevas perspectivas, la fluencia ininterrumpida de dominaciones y servidumbres, las complejas circulaciones y distribuciones de mensajes y bienes, de complicidades, gestiones opresivas y políticas de la opresión en las distintas redes del cuerpo social, así como, también aquellos saberes irreductibles a la normalidad que hacen estallar líneas, itinerarios recurrentes, zonas sagradas.

Si acaso es posible admitir todavía una supuesta centralidad de los medios de comunicación como artefactos modernos de multiplicación de mensajes es quizás a partir de una perspectiva de este tipo. Cajas de resonancia, conectores y espacios donde se propagan los ecos de las diversas escenas culturales y por extensión de las escenas políticas a las que no sólo constituyen como soportes de discursos referidos sino también al producir las condiciones de aceptabilidad, por las vías más directas o más insospechadas, de prácticas y gestiones concretas. En ese sentido los ámbitos de las industrias culturales se manifiestan como los dispositivos modernos de propagación y amplificación de saberes heterogéneos y de los residuos de estos saberes y como zonas de convergencia de múltiples objetos del decir que transitan de un ámbito a otro, dibujando en su trayectoria las constelaciones culturales más densas, o tal vez sólo las más recurrentes, de las historias contemporáneas.

Notas

1. *Questions de Sociologie*, Minuit, Paris, 1980, pp. 101.
2. "Sur le pouvoir symbolique", ANNALES, Extrait du numero 3, Mal/Juin 1977, Librairie Armand Colin.
3. Fayard, Paris, 1982.
4. Jean-Pierre Faye, *Los lenguajes totalitarios*, Taurus, Madrid, 1974, pp.119.
5. op. cit. pp. 28.
6. *La imposible prisión: debate con Michel Foucault*, Cuadernos Anagrama, Barcelona, 1983, pp. 63. 7. op. cit., pp. 62.

8. Raymundo Mier y Mabel Piccini: *El desierto de espejos (Televisión y juventud en México)*. Ediciones CREA, (en prensa). Me tomo la libertad de transcribir un largo párrafo de este texto por el carácter limitado que tendrá la edición, en término de volúmenes y de circulación.
9. ver *Los lenguajes totalitarios*.